

SI SENTARA
LA CABEZA,
PENSARÍA
CON
EL CULO

PAULA MIÑANA


ESPASA



PAULA MIÑANA

SI SENTARA LA CABEZA,
PENSARÍA CON EL CULO



ESPASA  NARRATIVA

© Paula Miñana, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Espasa Libros, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A.

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 5.871-2020
ISBN: 978-84-670-5774-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Huertas, S. A.

Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

Capítulo 1. El comienzo	9
Capítulo 2. Los viernes por la tarde	15
Capítulo 3. Las excusas	27
Capítulo 4. Lo que sucedió antes	38
Capítulo 5. El desconocido	47
Capítulo 6. La historia de Mery	55
Capítulo 7. Las rectas paralelas	62
Capítulo 8. El secreto de Estrella	69
Capítulo 9. El cumpleaños	73
Capítulo 10. El regalo	78
Capítulo 11. El fantasma del pasado	85
Capítulo 12. La noticia	91
Capítulo 13. Los rumores	95
Capítulo 14. La confesión	105
Capítulo 15. Los bocazas	110
Capítulo 16. La ruta del bakalao	115
Capítulo 17. La verdad	121
Capítulo 18. La fiesta de papá	126
Capítulo 19. El trato	135
Capítulo 20. El consejo	141
Capítulo 21. La cena de Nochebuena	144
Capítulo 22. La proposición	151
Capítulo 23. El <i>post</i> viral	156
Capítulo 24. La revista	162

Capítulo 25. El fantasma del presente	167
Capítulo 26. Las malas buenas noticias	171
Capítulo 27. Los nuevos aires	176
Capítulo 28. Los planes	183
Capítulo 29. El doble <i>check</i> azul	187
Capítulo 30. Las decisiones estúpidas	193
Capítulo 31. El caos emocional	196
Capítulo 32. La visita	202
Capítulo 33. El favor	209
Capítulo 34. Los enemigos íntimos	214
Capítulo 35. La madre de Juan	219
Capítulo 36. La cerveza	226
Capítulo 37. El programa de YouTube	232
Capítulo 38. El embarazo	238
Capítulo 39. El periódico	243
Capítulo 40. La oferta de trabajo	248
Capítulo 41. La crisis	253
Capítulo 42. La hecatombe	260
Capítulo 43. La cárcel	265
Capítulo 44. La entrega	271
Capítulo 45. La última vez que dije «te quiero»	276
Capítulo 46. La testigo	282
Capítulo 47. El fantasma del futuro	287
Capítulo 48. El juicio	301
Capítulo 49. La presentación	312
Capítulo 50. El test	321
Capítulo 51. La sentencia	330
Capítulo 52. El final	336
Nota de la autora	343
Agradecimientos	347

Capítulo 1

EL COMIENZO

Siempre he odiado el mes de septiembre. Le tengo entre asco y muchísimo asco, aunque la gente se empeñe en decir que es la vuelta a la rutina, el primer mes del año *de verdad* y no sé cuántas tonterías más. El mes de septiembre es un asco y punto.

No entiendo qué le pasa a todo el mundo con los comienzos, parece que empezar algo fuera lo mejor que le puede pasar a una y mira, no, qué quieres que te diga. Los comienzos son un aburrimiento. Por ejemplo, cuando empiezas en un trabajo nuevo, que no sabes exactamente qué tienes que hacer ni si está bien visto tomarte un café a media mañana, o necesitas preguntar hasta dónde está el baño. O cuando empiezas a ir al gimnasio y tú eres lo más parecido a una masa informe y blandengue, mientras que a tu alrededor solo hay cuerpos apretados y firmes. Bueno, para ser honesta, a mí esto me pasa al principio y al final, el gimnasio no es lo mío y yo ya tengo casi asumido el hecho de ser una mujer de treinta y ocho, casi treinta y nueve años, con las carnes rollo flan de vainilla.

Pero si hay un comienzo que me da pereza, que me incomoda, me perturba y me atormenta, es el de una relación. Uf, es que no puedo, en serio. A estas alturas de mi vida no sé si me compensa perder energía y horas de sueño en un principio que no me va a llevar a ninguna parte y

que, por experiencia propia, cada vez se sitúa en un punto más cercano al dramático fin. Qué va, yo no quiero mariposas en el estómago ni nervios en la primera, la segunda o la tercera cita, ni wasaps románticos en medio de la noche. Yo, en todo caso, lo que quiero es un tío con el que desparramarme en el sofá un sábado por la tarde a ver una peli de amor y lujo mientras juego al *candicrás* en el móvil, y ponerle los pies encima sin que me preocupe llevar un roto en el calcetín. A mí lo que me gustaría es poder estar con un tío en la cama un domingo por la mañana y no tenerme que levantar a hurtadillas para lavarme los dientes antes de que se despierte. Y peinarme. Y ponerme la *BB cream* y un poquito de rímel, como quien no quiere la cosa, que no se note que recién levantada soy la prima fea de Alien, el octavo pasajero. Y es que mira lo que te digo: a estas alturas de la película yo lo que quiero es un tío que, después de cenar conmigo el sábado por la noche y de tenerme hasta las cinco de la mañana practicando el sexo más bárbaro que se pueda practicar, se vaya a su casa y me deje dormir tranquila. No te confundas, no es que yo sea reacia al compromiso ni que busque solo rollos de una noche; yo quiero disfrutar de lo bueno de estar en pareja sin tener que renunciar a las comodidades y ventajas de vivir sola, así de poco romántica soy.

En realidad, no siempre ha sido así, hubo un tiempo en el que los principios me chiflaban, me parecían de lo más estimulantes y sublimes. Esa sensación de embriaguez provocada por las endorfinas que te hace volverte medio idiota y que te permite pasar por alto detalles como que eres tú siempre quien lo llamas, que te ha cancelado las tres últimas citas a punto de salir de casa o que las dos últimas veces has pagado tú el cine. Y las palomitas. Y la cena. Esa sensación molaba durante todos los veinte. A los treinta empezó a ganar terreno un sentimiento que andaba a medio camino entre «pero ¿tú te has creído que yo soy

idiota?» y «a ver si voy a ser idiota de verdad», y ahora que estoy casi rozando los cuarenta, esa sensación es lo más parecido a una náusea por indigestión. Que no, que yo no quiero soñar despierta con un tío, yo lo que quiero es poder dormir con él con la boca abierta y roncando. Y que me dé igual.

Eso suponiendo que realmente me compense dejar entrar en mi vida, en mi casa y en mi cama a ese tío con el que roncar a pierna suelta, porque, visto lo visto, cada vez estoy más convencida de que para qué, virgencita, que me quede como estoy, vamos, que ni puñeteras ganas. Y, si no, repasemos el último año: Javier, cuarenta y dos años, separado y un hijo. Dos meses dando vueltas. Al final, no era yo, era él, que no estaba preparado, aunque yo era una chica maravillosa que merecía lo mejor. Javier, desde el carriño, vete a paseo. Sergio, treinta y siete años, soltero, sin hijos. Después de tres o cuatro polvos se dio cuenta de que era demasiado joven para comprometerse, según sus propias palabras. La cuestión es que nadie le había pedido que se comprometiera. En fin. Mateo, cuarenta y ocho años. Soltero y argentino. Poco más hay que añadir. Ahí la culpa fue mía, sinceramente. Si con cuarenta y ocho años no ha encontrado a nadie que lo aguante, por algo será, Cristinita. Y mi favorito, sin duda, Santiago. Cuarenta y un años, divorciado, dos hijos. Aquello fue como condensar todas las canciones de Pablo Alborán en la duración de un telediario. A los quince días de conocernos me presentaba a sus amigos como *su* chica. Apenas al mes, dormía casi todas las noches en mi piso. Los fines de semana que no tenía a los niños, también. Tengo que reconocer que durante unas semanas sentí que todo fluía, que merecía la pena dejar un hueco en mi vida para otra persona. No me costaba trabajo ni esfuerzo. Santiago era atento, cariñoso, parecía que buscaba lo mismo que yo en una relación y me proporcionaba esa seguridad y familiaridad que yo necesita-

ba, sin estridencias, sin sobresaltos, sin aspavientos. Me acompañaba, pero no me absorbía, estaba ahí, pero no me quitaba mi espacio. Pero, ay, amiga mía, aquello duró poco. No llevaríamos ni cuatro meses cuando empezó el drama. «Es que siento que tú estás poniendo más que yo en esta relación», me dijo un día. Primer aviso. «Cristina, yo no quiero hacerte daño y tengo la sensación de que te lo estoy haciendo», me soltó al poco. Bueno, hijo de mi vida, perdóname por obligarte a tener una relación conmigo en la que eres incapaz de poner más de tu parte y en la que no puedes evitar hacerme polvo... Ah, no, que lo que estás buscando es que te deje yo para no sentirte culpable. Pues lo llevas claro, a ver lo que aguantas. Hasta que un día llegó LA CONVERSACIÓN.

—Cristina, tenemos que hablar.

—No, si ya me lo imagino... —Fue un placer conocerte, que diría la Dúrcal.

—Verás, yo no quiero lastimarte, pero siento que tú estás dando mucho más por esta relación de lo que yo puedo darte en este momento. —Le habría partido esa cara compungida que me estaba poniendo, suerte que no creo en la violencia.

—Bueno, mira, déjalo, en serio. —Hace unos años, cuando aún creía que estaba en la obligación de sentar la cabeza, igual hasta me hubiera tragado el rollo y le hubiera pedido que lo siguiéramos intentando, que podíamos lograrlo, pero a mis casi treinta y nueve años tengo ya pocas ganas de perder el tiempo.

—Es que creo que no es mi momento. Lo he intentado, he tratado de poner todo de mi parte, pero tengo que reconocerme a mí mismo que no estoy preparado para todo esto, por mucho que me joda.

—Ya.

—En serio, tú eres una de las tías más cojonudas que me he cruzado en la vida, eres inteligente, guapa, divertida,

ocurrente..., pero estoy bloqueado a nivel emocional, necesito un tiempo solo para poder recomponerme y poder estar al cien por cien para ti...

—Santiago, en serio, vamos a dejarlo, no me des más explicaciones.

—Pero es que quiero dártelas. Cristina, sé que probablemente eres la mujer de mi vida y asumo que, con casi total seguridad, esté haciendo una idiotez, pero también sé que si no arreglo mis problemas antes, no voy a poder darte todo lo que mereces.

—Vale, Santi, muy bien.

—También comprendo que una mujer como tú no estará dispuesta a esperarme y que probablemente te pierda, y no sabes la envidia que tengo al tío que finalmente consiga hacerte feliz. Debes estar con alguien que te merezca y, ahora mismo, ese tío no soy yo.

—Santiago, ¿puedo decirte una cosa?

—Claro.

—Vete a tomar por culo.

Que alguien me explique por qué tengo yo que aguantar tanta estupidez, a ver, por qué. No creo yo que sea tan difícil decir: «Mira, Cristina, que paso, que yo estoy muy feliz viviendo mi soltería y que no me quiero comprometer. Si a ti te va bien vernos el finde para tomarnos unas cañas, salir de cena y echar un par de polvos, estupendo, pero hasta ahí estoy dispuesto a llegar, no te llames a engaño». A lo mejor, si empezásemos por ahí, las cosas serían más sencillas. Pero, por lo visto, algunos deben de pensar que la sinceridad juega en su contra, que es mejor hacer ver que buscan una relación y cuando se hartan de ti o se les cruza por el camino una más joven, más guapa, más cachonda o más *algo* que tú, dejar que creas que la culpa es tuya, porque no das la talla. Y tú vas y te lo crees, te preguntas qué has hecho mal, en qué te has equivocado. Probablemente le hayas agobiado, si es que te tengo dicho que

no contestes los wasaps en cuanto los veas, que hay que esperar, Cristina. O lo mismo es que no has sido lo suficientemente salvaje en la cama, nena, a ver si te quitas los complejos esos que tienes. Quizá simplemente se haya dado cuenta de que no eres tan divertida o tan independiente. Pero no es nada de eso, qué va. La verdad, la puñetera verdad es que tú eres una tía normal y corriente, con sus defectos y con sus virtudes, y no tienes la culpa de nada. La cuestión está en que si la relación que habéis empezado fuera una partida de póker, el tío se habría quedado con toda la baraja francesa y a ti..., a ti te han tocado todos los palos de la española. Y, claro, con la sota de oros y el rey de bastos es imposible hacer una escalera de color. No puedes ir ni de farol. Así que, no puedes participar en el juego si usáis reglas diferentes.

Así que, llegados a este punto, lo mejor es poner las cartas bocarriba y ser realista: me llamo Cristina, tengo treinta y ocho años, cumplo los treinta y nueve dentro de un mes y pico. Vivo más que dignamente de mi trabajo como dentista, soy independiente y tengo mi propio piso, un apartamento pequeño pero muy acogedor. Probablemente podría haber tirado de ayuda paterna y haber comprado una casa más grande, un adosado en una urbanización en la que los sábados por la mañana se oliese a barbacoas y se oyese a los niños reír montados en sus bicicletas, pero siempre quise vivir en el centro, sin deberle nada a nadie. Y, sí, creo que ha llegado el momento de aceptar que probablemente nunca pasaré un sábado por la tarde tirada en el sofá, viendo una peli de Antena3 mientras juego al *candicrás*, poniéndole los pies encima al hombre con quien comparto rutina y cotidianidad. Y a estas alturas de mi vida ha dejado de preocuparme, porque estoy mejor que quiero y no me hace ninguna falta.

Capítulo 2

LOS VIERNES POR LA TARDE

Hace años, mis amigas y yo teníamos la regla no escrita de que los viernes se salía. Empezábamos con el aperitivo. A las tres en punto, en El Continental. Era nuestra consigna. Íbamos llegando según salíamos del trabajo, Estrella y yo casi siempre las primeras, porque lo teníamos al lado; Carmela poco después, al salir del instituto donde daba clases de matemáticas; Laura, en la segunda ronda de cañas, y Mery siempre la última, obligándonos a pedir otra para acompañarla mientras ella se tomaba algo. Al terminar, directas a La Terminal, a tomar una copita —ja— después de comer, cuando solía unirse Irene, a la que siempre le surgía algún «marrón de viernes a última hora». Un tiempo más tarde resultó que ese «marrón» se llamaba Mariano y que se iba a casar con él.

Los viernes podíamos acabar cenando en cualquier taberna, metidas en un búrguer o pillando un trozo de pizza de camino a cualquier garito, o bien pasar por mi casa a pintarnos el ojo y tomar algo allí mismo, antes de seguir la juerga. El caso era que los viernes se salía, y eso implicaba no volver a casa hasta bien entrado el sábado.

Pero estamos hablando de hace un montón de años y han pasado muchas cosas desde entonces. La Terminal cerró y ahora es un Mercadona. Irene y Laura se casaron —no entre ellas, cada una con su respectiva pareja— y tuvieron

hijos y apenas logramos verlas un día en Navidad, si es que se alinean los planetas. Carmela, Estrella, Mery y yo mantuvimos la tradición durante un tiempo, pero el cáncer se nos cruzó por el camino y se llevó a Carmela de un día para otro y, con ella, nuestras ganas de seguir con la tradición de los viernes.

Hace ya bastante que los viernes a mediodía me vengo directa a casa porque, qué queréis que os diga, a mí un viernes —único día que no trabajo por la tarde— no hay plan que me seduzca más que llegar a mi casa, ponerme el pijama, llamar al *japo* para que me traigan sushi a domicilio y enchufar Netflix. Y así hasta el domingo. Lo que pasa es que Estrella puede llegar a ser muy pesada, mucho, no os hacéis una idea de cuánto. Puede insistir e insistir hasta que no te acuerdas de por qué le dijiste que no querías salir o, incluso, convencerte de que realmente sí que te apetece dar una vuelta. Más o menos.

A Estrella la conocí hará unos diez u once años. Yo acababa de volver de Dublín, después de tres años viviendo allí, y estaba más sola que la una. Mis amigas, las de toda la vida, se habían casado o estaban a punto de hacerlo y algunas ya tenían niños. Llevaban vidas en las que yo no les encajaba muy bien. Una tarde del mes de agosto, el portero del edificio donde iba a abrir mi clínica dental estaba pegándome una bronca bestial porque los albañiles habían dejado el ascensor hecho un asco, cuando una chica de larga melena rubia y rizada hizo repiquetear sus tacones en la escalera. Era Estrella.

—Pablo, se le oye a usted gritar desde el cuarto piso. ¿A quién han matado? —dijo, mientras me guiñaba un ojo.

—Esta señorita, que está poniendo toda la entrada y el ascensor que da pena verlos, de vergüenza.

—No se altere, hombre, que seguro que luego lo limpian, ¿a que sí? Además, que estamos en agosto, no hay nadie en el edificio, no se lo tome usted así.

El buen hombre se metió en la portería sacudiendo la cabeza y Estrella se presentó. Abogada de profesión, tenía su despacho un par de pisos por encima de donde se ubicaba la clínica dental que, junto con Víctor, mi mejor amigo, y Jesús, su marido, iba a abrir en apenas un mes.

Víctor y yo somos amigos casi desde el primer día de clase en la facultad. Yo no sabía muy bien a qué dedicarme en la vida, lo único que tenía claro es que debía ser algo que no entrase en la santísima trinidad de mi padre: ni médico, ni abogado, ni economista. Pensé en hacer magisterio, pero, con sinceridad, los niños no son lo mío. También me planteé estudiar periodismo, pero pretendía trabajar algún día y odontología me pareció una profesión lo suficientemente interesante para mí y lo suficientemente ordinaria e insignificante para mi padre, que siempre ha pensado que un dentista es aquella persona que no fue lo suficientemente brillante como para poder estudiar medicina. El primer día de clase yo entré perdida y desorientada en la facultad y tropecé con alguien que iba tan perdido y desorientado como yo. Congeniamos enseguida, Víctor era simpático, divertido, ingenioso, creativo... Durante varios meses jugamos a gustarnos, nos lanzábamos indirectas pretendidamente picantes, aunque tremendamente forzadas; incluso llegamos a besarnos, una noche en la que nos habíamos pasado con el calimocho. Finalmente, ambos nos rendimos a la evidencia de lo que él ya sabía y yo me imaginaba: a Víctor yo le gustaba tanto como cualquier otra mujer, fantástica como amiga, pero ya. Fuimos inseparables durante prácticamente toda la carrera, éramos casi como hermanos. A mí podía contarme todas aquellas cosas que no era capaz de hablar con nadie más. Oficialmente, no había salido del armario más que con sus padres y sus hermanos, y estos le insistían en que nadie más podía saberlo, especialmente su abuela, que andaba delicada de salud y daban por sentado que enterarse de que

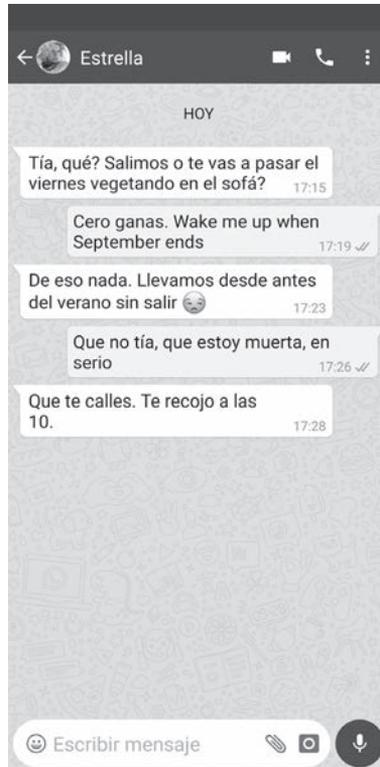
tenía un nieto homosexual acabaría por matarla. Por si se le olvidaba, su madre se encargaba de recordárselo cada vez que tenía que enfrentarse a las consabidas preguntas sobre su vida amorosa en las reuniones familiares —siempre tratando de averiguar si tenía ya novia, si no había ninguna chica que le gustase, siempre en femenino, como si realmente no hubiese otra opción posible—, mientras que los deseos de Víctor de revelar su verdadera identidad le hervían en el estómago como una olla exprés a punto de estallar. Yo, por mi parte, podía sentirme libre de hablar de mi futuro sin las presiones que me imponía mi propia familia: matrimonio, hijos, sentar la cabeza, aceptar responsabilidades, ser una persona de provecho, servir a Dios. Nada de aquello me interesaba: el matrimonio no es para mí, los hijos están prácticamente descartados y las responsabilidades que yo estoy dispuesta a asumir en mi vida distan mucho del papel que esta sociedad pretende imponerme por mi condición de mujer. En cuanto a lo de servir a Dios..., supongo que el hecho de haber crecido en una familia del Opus Dei hace todavía más extraño mi ateísmo convencido y recalcitrante, pero nunca me he caracterizado por seguir la linde que me han marcado.

En el último año de carrera, Víctor y yo nos apuntamos a un curso de yoga y meditación. Vale, sí, nos apuntamos para ligar, las cosas como son, pero al único que le salió bien la jugada fue a Víctor, que enseguida se sintió atraído por el monitor del curso, Jesús, un cubano que había abandonado su país natal al ser repudiado por su propia familia tras reconocerse homosexual. La atracción fue mutua y creo que desde aquel día no ha pasado ningún otro en el que Víctor y Jesús hayan estado separados. No sé si en mi decisión de marcharme a Dublín al terminar la carrera pesó más mi deseo de huir de las miradas de reproche de mi madre por no cumplir con sus expectativas o el verme de algún modo desplazada de mi papel de único apoyo de Víctor,

pero el caso es que, apenas tres meses después de graduarnos, ponía rumbo a Irlanda. Mientras tanto, Jesús, animado por Víctor, decidió formarse como higienista bucodental y, tiempo después, ambos tomaron la determinación de casarse. Fue precisamente en su boda donde ambos me propusieron montar una clínica juntos. Al principio lo descarté completamente: yo tenía un trabajo y una vida en Dublín, con la salvedad de que era una vida de mentira. La sensación de interinidad me acompañó durante todo el tiempo que viví allí. El trabajo era un asco, pero tampoco me preocupaba mucho porque era algo temporal, me decía. No tenía casa propia, solo podía permitirme pagar una habitación en un piso compartido, aunque, lógicamente, aquello era algo provisional hasta que encontrase un trabajo mejor. ¿Amigos? Bueno, conocía a alguna gente, casi todos expatriados como yo, pero procuraba no cogerle cariño a ninguno, pues todos iban y venían, eran amistades pasajeras. ¿Qué tenía yo en Dublín que me retuviese? Nada. Mi único amigo de verdad estaba aquí, en Madrid, y me ofrecía la posibilidad de volver a mi país. A fin de cuentas, yo era una persona adulta y volvía a casa como me fui, sin tener que dar explicaciones a nadie ni rendir cuentas. Tenía aún algo de dinero ahorrado de lo que la abuela Teresa nos dejó en herencia a mis hermanos y a mí, podía asumir mi parte en el proyecto que me ofrecían Víctor y Jesús, así que, tras pensarlo durante un tiempo y darle muchas vueltas, dejé Irlanda y volví a Madrid para comenzar una nueva vida.

Y justo en el inicio de esa nueva vida apareció Estrella, como abogada defensora de la chica que estaba dejando el portal hecho un asco. Quedamos en que nos veríamos por el edificio y con el paso de los días, las semanas y los meses, Estrella me fue presentando a sus amigas, y ella, Carmela, Laura y Mery me acogieron como a una más de su grupo de «socialmente inadaptadas», nombre que más tarde le pondríamos a nuestro grupo de WhatsApp.

Pero, como decía, de esto hace ya muchos años y nada es como antes. Carmela ya no está, Laura e Irene viven inmersas en la locura de la maternidad y a mí las resacas de la juerga del viernes me duran hasta el jueves por la tarde. Estrella y Mery son otro cantar; después de un tiempo, el suficiente como para que todos los sitios dejaran de recordarnos a Carmela, Estrella y Mery volvieron a coger el ritmo. Yo, en ocasiones, me unía al plan, no tanto por iniciativa propia, sino porque Estrella me taladraba el móvil con mensajes en los que me decía cosas tan bonitas como «al menos adopta una docena de gatos» o «una residencia de la tercera edad te saldría más barata que la hipoteca de tu piso». Como os he dicho, en ocasiones Estrella puede llegar a ponerse muy pesada. Este viernes pasado, por ejemplo. Eran poco más de las cinco de la tarde cuando vibró el móvil:



Matadme, pero dije que sí. Es cierto, estaba muerta, la idea de pasar el viernes noche en mi sofá viendo *The Blacklist* en bucle y comiendo marranadas era de lo más tentadora, pero me pudo la visión de Estrella echándome en cara que me había convertido en una señora huraña que malgastaba sus fines de semana enterrada entre cojines mientras alimentaba la celulitis de manera descontrolada. Eso y que, al llegar a casa, me habían dejado en la portería un paquete de Clothingale en el que venía, entre vaqueros y jerséis de invierno, un vestido de lentejuelas que me moría por estrenar. Las cosas como son.

Estuve tirada en el sofá hasta casi las nueve. A ratos dormitaba y barajaba la posibilidad de inventar alguna excusa con la que librarme de salir esa noche. Pero en el fondo me apetecía salir un rato, aunque solo fuera para estrenar el vestido y, con un poco de suerte, encontrarme a Santiago. No sé muy bien para qué quería verlo; bueno, mentira, sí que lo sé. En mi imaginación, yo estaba apoyada en la barra de un bar, con aquel vestido que me hacía un cuerpazo espectacular, riéndome de las tonterías que tres o cuatro hombres que pululaban a mi alrededor me decían. Santiago entraba y me veía tan divina y tan espectacular que, irremediabilmente, se tiraba a mis pies, suplicando que le dejara volver. Con sinceridad, no estaba segura de querer que aquello realmente pasase, la verdad. Bueno, vamos a ver, estoy segura de que no volvería con Santiago ni muerta, pero estaría genial ser yo quien le dijera: «Mira, es que no estoy preparada para darte lo que necesitas. Encontrarás a alguien que te merezca».

Con mucha pereza, me metí en el baño y me dispuse a ducharme, justo en el momento en el que sonó el timbre. Era Estrella, que, en previsión de que me rajase y la dejase tirada, venía a buscarme una hora antes. Mery tenía otros planes y, por lo que se ve, Estrella quería asegurar la salida.

—Que nos conocemos —la oí decir mientras me metía en la ducha.

Fuimos a cenar a Santo Mauro, un italiano que acababa de abrir y que ya era el local de moda de la gente *cool*. Eché un vistazo rápido: chicas monísimas, bronceadísimas, bolsos de Michael Kors y Louis Vuitton, tipos con barbita, vaqueros planchaditos, mocasines, camisas en colores pastel con las iniciales bordadas... Estaba claro que la cena nos iba a costar un ojo de la cara. Una camarera vestida de negro impoluto, con taconazos y una coleta repeinada que recogía el pelo más liso que he visto en mi vida, nos acompañó a la mesa.

—Verás tú el clavazo que nos van a pegar —le dije a Estrella.

—Bueno, ¿y qué? Hay que venir aquí sí o sí. ¿Sabes quién es una de las socias?

—Sorpréndeme.

—Natalia de Gea, la de Clothingale.

—Totalmente, es su ambiente natural.

—Después de divorciarse, se ha metido en el negocio de la hostelería y ha abierto con varios socios cuatro o cinco locales donde, por supuesto, el ex tiene la entrada prohibida. —Estrella es una fuente de sabiduría, es capaz de hablar desde de arte románico y hasta de quiénes son los nominados en Gran Hermano.

—¿Y se toma las molestias de ir vetando al ex? Yo lo que haría sería decir que sí, que lo dejen entrar, pero que le cobren el doble. Ahí, a sacarle los ojos... —Ante todo, soy una tía pragmática.

—Pues yo creo que debe de ser maravilloso tener el poder y la influencia suficiente para joderle la existencia a tu ex dándole en donde más le duele —dijo Estrella.

—Bah, si es ex, es pasado. Y agua pasada no mueve molino, así que lo mejor es dejarla correr.

Lo triste es que a mí, toda esta teoría se me da muy bien, pero, en el fondo, en un fondo inconfesable, un poco

de envidia sí que me daba. Supongo que la venganza es un sentimiento humano y es lícito disfrutar de ella. La cena, como yo había vaticinado, nos salió por un ojo de la cara. En concreto, por setenta y tres ojos de la cara a cada una. Me salí a la puerta a esperar a Estrella, que había ido al baño, saqué un cigarrillo y me lo puse en la boca. Una mano misteriosa me lo encendió mientras yo buscaba mi mechero en el bolso. La mano misteriosa pertenecía a un hombre, de unos cuarenta, alto, moreno, ojos verdes, barba perfectamente desarreglada y vestido con una camisa remangada con milimétrico cuidado, que dejaba entrever unos brazos fuertes y bronceados. Qué situación tan de película mala de sábado por la tarde, por amor de Dios.

—Soy Juan —dijo, mirándome fijamente a los ojos.

—Ajá... —contesté, a modo de «déjame en paz», mientras me encendía el cigarro.

—Perdona que te haya avasallado de esta manera, pero llevo toda la noche observándote y no podía dejar que te marcharas sin hablar contigo.

—Ya... Bueno, no te preocupes. —«Observándote», dice el tío. Miré a mi alrededor buscando a Estrella.

—No soy ningún acosador, te lo juro, ni quiero quedar como el típico ligón, pero es que me has impactado. No sé el qué exactamente, pero hay algo en ti que me ha dejado fuera de juego. ¿Podríamos ir a tomar algo ahora?

—Ya, bueno... Es que, verás..., yo he salido con una amiga y, claro... —¿Estamos locos o qué?

—No, no... Solos no..., si yo también estoy con un amigo. ¿Te parece si nos vemos en una media hora en El local de moda?

—Bueno, no sé, creo que vamos a ir a otro sitio —dije, en un intento de quitármelo de encima lo antes posible.

—Por favor, id.

Cuando salió Estrella y se lo conté, no lo dudó ni un minuto. Teníamos que ir al encuentro del tal Juan sí o sí. Ella

ya estaba escribiendo el guion de una película en la que Juan, que era el hombre de mi vida, había caído rendido a mis pies sin ni siquiera hablar antes conmigo y en la que nos íbamos a enamorar sin remedio antes de que saliera el sol de nuevo. Ya de paso, el amigo con el que iba a venir Juan iba a ser un *empotrador* de manual y Estrella se lo iba a tirar en repetidas ocasiones. Óscar a la mejor película, mejor guion adaptado y mejor actriz protagonista; y de reparto, ya que nos ponemos. Yo le insistía en que aquel tío me parecía sacado de un programa cutre de citas a ciegas y que nos fuéramos a otro sitio, pero Estrella no estaba dispuesta a perderse aquel vodevil.

Juan y su amigo llegaron a El local de moda unos quince minutos después de que lo hiciéramos nosotras. El local de moda hace honor a su nombre. Siempre atestado de gente, no importa la hora a la que vayas, personas que parecen el decorado de un programa enlatado de Nochevieja, artificialmente felices, pasándolo tan bien y riendo tanto que no pueden ser reales. Letreros de neón, paredes con falsos jardines verticales, tan prefabricados como la clientela que atesora. Podría estar en cualquier parte, Madrid, Barcelona, Sevilla o Zaragoza. Globalización, lo llaman. Uniformidad y estereotipación, lo llamo yo.

Nos dimos dos besos, hicimos las presentaciones oportunas y nos comportamos con una familiaridad un poco extraña entre cuatro personas que apenas hace media hora que se han conocido. Es cierto que alguna vez me ha ocurrido esto, lo de tratar a un tío que acabo de conocer como si fuéramos amigos de toda la vida, y creo saber por qué. Con total sinceridad, yo había decidido, en el momento que di mi brazo a torcer y acepté ir a su encuentro, que si surgía la cosa así, me iba a enrollar con Juan, para qué engañarnos. ¿Por qué no iba a hacerlo? Vale que tiene pinta de ser un fantasma y un flipado de la vida, pero está muy bueno, las cosas como son, y no me acuesto con nadie des-

de que Santiago me dijo que era demasiado buena para él, allá por el mes de junio. Imagino que tratar con confianza a Juan, como si nos conociéramos desde hace tiempo, hacía menos raro y menos incómodo el momento de meterte en la cama con un absoluto desconocido. Digo yo.

Tomamos un par de copas en El local de moda y para cuando íbamos a pedir la tercera, Estrella ya se estaba enrollando con Cristóbal. Yo estuve a punto de tomar la iniciativa con Juan en un par de ocasiones, total, a eso habíamos venido, pero también, lo que son las cosas, me estaba gustando charlar con él. Tenía una forma de hablar muy personal, divertida y amena. Me contó que Cristóbal y él se conocían desde el colegio y me preguntó si Estrella y yo también éramos amigas desde siempre. Se interesó por mi vida, por mis amistades, por si seguía conservando amigos de la infancia o de la adolescencia, y a mí, que se tomase tanto interés por conocerme me resultaba muy halagador. Supongo que lo demás podía esperar, ya surgiría. El aire en El local de moda empezó a ser completamente irrespirable, así que decidimos ir a otro sitio. Echamos a andar hacia The X Files, un sitio que en apariencia era exactamente igual que el anterior y que, sin embargo, había tenido menos aceptación entre el público, vete tú a saber por qué, pero cuando nos fuimos a dar cuenta, Estrella y Cristóbal habían desaparecido. Yo creí que ese era el momento apropiado para proponerle a Juan ir «a un sitio más tranquilo», pero no me dio tiempo, antes de que pudiera hacerlo, me dijo que estaba muy cansado, que al día siguiente tenía que madrugar y se ofreció a acompañarme a casa. Inocente de mí, pensé que era una sutil estrategia para llevarme a la cama, pero resultó ser verdad. Al llegar a mi portal, me dio un beso en la mejilla y se despidió. Francamente, en aquel momento pasó de todo por mi cabeza. ¿En qué momento habría metido la pata? ¿Cuándo la habría cagado? ¿Cómo pasamos de «me has impactado» a «ya

nos veremos»? Sacudí la cabeza y me obligué a tener un poco de dignidad.

—Lo he pasado bien, ha sido divertido.

—Sí, yo también —dijo él—. ¿Haces algo mañana?

—Pensaba que estabas ocupado. —Por favor, otro *orbitador* no.

—Sí, por la mañana sí, pero por la tarde no tengo nada que hacer. ¿Tomamos un café?

—Bueno... Vale. ¿Sobre las cinco y media?

—Perfecto, nos vemos aquí abajo a esa hora.

Me volvió a besar en la mejilla, sin dar la impresión de querer que pasase nada más —o más bien todo lo contrario— y se marchó. Subí a mi piso sin entender nada de lo que había pasado; no comprendía por qué se había ido de aquella manera tan abrupta y no sabía si me sentía muy cómoda con toda aquella situación, pero, sobre todo, tenía la incómoda percepción de haber vivido todo aquello ya varias veces y de saber exactamente cómo iba a terminar antes de que ni siquiera hubiera empezado. Qué pereza, por Dios.